

Homilía para el Segundo Domingo de Pascua

Han Van Meegeren era un falsificador de arte de los Países Bajos en los años 1930 y 1940. Hizo millones de dinero falsificando pinturas al estilo de los viejos maestros holandeses y después los vendía a través de un inescrupuloso distribuidor. Su técnica y habilidad eran tan buenas que nadie dudaba de sus falsificaciones. Su caída vino cuando vendió una pintura directamente a un oficial nazi de alto rango, y que la hizo pasar por una obra del artista Jan Vermeer del siglo 17. Después de la guerra, el recibo de esta venta del falso Vermeer salió a la superficie, y lo que llevó a dos oficiales del ejército a su estudio para interrogarlo sobre cómo había sucedido de que el tuviera en su poder esta única e incalculable pintura. Cuando su respuesta no fue muy convincente, lo arrestaron, y fue acusado de traición a la patria porque ayudó en la venta de tesoros nacionales y culturales para el enemigo. Confinado en la cárcel y frente a una pena de muerte, confesó que la pintura no era un Vermeer, pero una falsificación creada por sus propias manos. ¡Esto lo encontraron totalmente absurdo e increíble! Expertos fueron traídos para verificar la autenticidad de la pintura, y todos ellos estuvieron de acuerdo en que sin lugar a DUDAS, la pintura era un Jan Vermeer. Al final, la única manera de que este falsificador / artista pudiera comprobar que era inocente de los cargos en su contra, era de producir otra pintura falsa en el estilo de Vermeer. Le crearon un estudio en la cárcel y bajo la atenta mirada de los guardias y otras autoridades, Van Meegeren pasó semanas pintando una nueva falsificación de Jan Vermeer (la cual la llamó ‘Jesús y los Médicos’). Ya al tiempo de terminar esta pintura, ya él había borrado todas las DUDAS sobre el origen de la falsificación de Vermeer, y los cargos por traición se lo retiraron, pero le dieron un año de sentencia por la venta de falsificaciones.

Vivimos en un mundo escéptico. Todos tenemos DUDAS - de muchas cosas – como nuestras relaciones, nuestras carreras, nuestra salud, nuestro futuro, incluso sobre nuestra fe. (Y luego están las veces en que no somos capaces de dudar, y se aprovechan de nosotros.) El Evangelio de hoy nos relata la más grande dudosa historia de todos los tiempos. En todo el calendario litúrgico, un determinado pasaje del Evangelio aparece sólo una vez cada 3 años. En cambio, en este fin de semana, el Evangelio no cambia, es siempre el mismo: la aparición de Cristo resucitado a los Apóstoles al anochecer del día de su resurrección, y la reacción de un apóstol que no estaba allí.

Sólo podemos imaginar el escenario: el miedo a los apóstoles que ellos mismos han escondido detrás de puertas cerradas. Todo su mundo se ha desmoronado. Son en total despair-- miedo de que pudieran ser los siguientes. Jesús, su líder, estaba muerto, y él no iba a volver - no en este mundo. Habían dejado todo para él ---- sus familias, sus amigos, sus casas, su todo livelihood- seguir. Ellos habían puesto toda su confianza en él. Él había sido su esperanza. Ahora él se había ido. Y no le volverían a ver en esta vida. (Su creencia en la

resurrección fue una resurrección al final de los tiempos, no en el tiempo actual.) ¿Qué sería de ellos? Eran como un barco sin timón.

Luego, en su punto más bajo, es Jesús de repente allí con ellos! Imaginen su sorpresa abrumadora. Pasan de la desesperación a la alegría en un instante. Cuando Jesús aparece en medio de ellos, hacen un salto de fe. Y Jesús destierra cualquier dolores de la culpa, que pueden haber tenido para él abandonar, cuando dice: "La paz sea con vosotros." En ese momento, los hombres con problemas y desalentados conocían, habían sido perdonados. Por otra parte, Jesús les confía una misión: anunciar divina paz, la misericordia y el perdón a todos en la tierra. La Iglesia ve esta escena como el origen del sacramento de la Reconciliación.

Pero no es tan fácil para Thomas que no estaba allí. Le parece que sus hermanos discípulos han perdido de alguna manera sus sentidos. Thomas es una persona científica. Él quiere que la prueba: "Si no veo la marca de los clavos en sus manos y no meto mi dedo en los lugar de los clavos y no meto mi mano en su costado, no creeré." Thomas se aferra a su duda por otra semana antes de que Jesús viene a ellos de nuevo. En esta ocasión Tomás está ahí, y cuando Jesús entra en medio de ellos sus dudas de inmediato se convierte a la fe. Él reconoce la divinidad de Jesús y le dice: "¡Señor mío y Dios mío." Los apóstoles fueron de los primeros en ver al Resucitado Jesús pero St. Paul nos dice, en el Corinthians, que entre Pascua y la Ascensión más de 500 discípulos lo vi.

Jesús pide a Tomás: "¿Has venido a creer porque me has visto?" Y luego continúa diciendo: "Bienaventurados los que no han visto y han creído." Seguramente, Thomas es el santo patrón de los escépticos.

A pesar de que, 2000 años más tarde, es posible que no hemos visto, podemos creer porque Jesús está con nosotros hoy tanto como él estaba con los apóstoles en aquella primera Pascua:

- Jesús está con nosotros en la Eucaristía,
- Jesús está con nosotros donde se reúnen 2 ó 3 o más en su nombre,
- Jesús está con nosotros en las Sagradas Escrituras.

Porque creemos en el Jesucristo que nunca hemos visto, con la ayuda de la gracia de Dios, podemos aprender a amar y servir a Jesús que vemos cada día en nuestras familias, en nuestra iglesia, en nuestra comunidad y en nuestro mundo. Al igual que Thomas, estamos llamados a tocar sus heridas y, al hacerlo, para ministrar a los enfermos, los que sufren, a los heridos, los marginados y los oprimidos de nuestro mundo.

Bienaventurados los que no han visto y han creído.

Deacon Gary Aitchison

11 a 12 abril, 2015